

bien decirse que nuestras escuelas debieran enseñar el respeto debido á la autoridad. Las influencias disolventes de nuestras instituciones sólo pueden ser neutralizadas por las influencias regeneradoras de la educación que trae consigo juicio, gravedad y discreción. Si las formas democráticas de gobierno dan más alta posición y mayores privilegios al individuo, debe éste tratar de hacerse digno de la confianza que en él se deposita: y si un gobierno concede el derecho de votar, debe hacer porque se ejerza con inteligencia ese derecho. Aquellos á quienes no se ha enseñado á gobernarse á sí mismos no pueden gobernar á otros sabiamente. Para una monarquía que restringe desde afuera, la ignorancia no es necesariamente peligrosa; pero para una República que dirige desde adentro la educación es vital. El hombre bien educado comprende que debe haber autoridad y la respeta, mucho más si emana de él mismo. Nuestras escuelas deben templar al vicioso, deben refrenar el desorden en las opiniones, deben inculcar aquel espíritu conservador que al mismo tiempo que no desdeña reconocer las gratas promesas del porvenir, se adhiere firmemente á lo bueno del pasado.

2.º *Las escuelas en este país debieran enseñar á los jóvenes á ser patriotas.*—Existe una clase de patriotismo en que nosotros, como americanos, no somos deficientes. Nos jactamos demasiado con los extranjeros de la riqueza de nuestro país, de su prosperidad y grandeza. Se nos acusa siempre de abrigar ideas exageradas respecto á la eficacia de nuestras instituciones y al poder que representa nuestra bandera; é indudablemente de no poco orgullo nos llenamos ante los grandes hechos y el sólido vigor de la nación.

CARTAS DE CÁRLOS Á JORGE.

Escritas para los ejercicios de composición, expresamente para los niños de las escuelas primarias del Cauca por L. Marmolejo.

Dedicadas al señor doctor J. M. Quijano W.

CARTA IX.

Noviembre 25 de 1874.

Mi pensado Jorge:

La reunión de que te hablé en mi última carta tuvo lugar, y reinó en ella la mayor armonía.

El salón preparado para tal efecto estaba adornado con sencillez, pero con gusto. Blondos cortinajes de linón descendían de un cielo de raso é iban á terminar á cada uno de los cuatro ángulos del salón: guirnaldas y festones de flores adornaban las paredes y embalsamaban con sus perfumes el ambiente que aspirábamos: un obelisco se elevaba en el fondo de la sala y sobre él estaba colocado el retrato de mi abuelo: cuatro lámparas derramaban á torrentes la luz.

Mi papá á nombre de la familia manifestó, en un breve discurso, su reconocimiento por las personas que habían contribuido con su presencia á solemnizar la fiesta del día de su hijo, en quien cifraba sus bellas esperanzas, estando á la dirección del inteligente institutor que se hallaba de presente. Mi director habló también y dió las gracias á mi papá por los honrosos conceptos que de respeto de él emitió. Todo terminó felizmente. Tu amigo y seguro servidor,

CÁRLOS.

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA

CON SUS RESOLUCIONES RESPECTIVAS

(Por Santiago Marmolejo.)

VII.

Don Francisco Llános, rico capitalista, me dió el 30 de enero de 1873, dos mil pesos al uno y medio por ciento mensual: el 30 de agosto le di 1,500; el 30 de octubre le di 80, y hoy 30 de enero de 1874 le di el resto. ¿Cuánto debo de intereses?

RESOLUCION:

Los 2.000 pesos en 7 meses devengaron	\$ 210
Los 500 pesos sobrantes, en dos meses	15
Los 420 restantes, en tres meses.....	18-6

Debo de intereses..... 243-6

MORAL.

Cien cuentos morales para los niños por C. Schmidt.

XVIII.

LA COL.

Dos artesanos, José y Benito, que caminaban juntos un día, pasaron cerca de una huerta situada en el extremo de una aldea.

—Mira, mira, dijo José, qué hermosas son aquellas coles, Jamás las he visto tan grandes.

—¡Bah! respondió Benito que lo gustaba responder, yo no encuentro nada de particular en esas coles. En un viaje que hice ví una era mucho más grande, si seguro, que aquella casa que está allí abajo.

—¡ Hombre! eso es demasiado, replicó José, que era calderero. Sin embargo, recuerdo que yo he trabajado en un caldero que era más grande que la iglesia de esa aldea.

—¿Qué estás diciendo? exclamó Benito. Me dirás que querían hacer con una caldera tan gigantesca?

—Cocer la col que tú viste, replicó José.

—Ya veo á donde ibas á parar, repuso Benito avergonzado y confuso; tú ordinariamente no mientes y me has hablado en esos términos para hacerme ver lo ridículo de mi mentira y que soy un verdadero ponderador. Me doy por vencido.

Al que emplea la mentira No se le creerá jamás,

Y esperar debe á su vez Que le engañen los demás.

IMPRESA DEL ESTADO.

361